

## Libertad, igualdad y fraternidad ¿para la mujer?

María Teresa Enríquez Gómez \*

**Resumen:** El día de la mujer, conmemorativo de un congreso socialista (8.III.1910), recuerda la raíz revolucionaria del ideal feminista. En el presente trabajo se examinan los tres ideales de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad y, a la vista de sus resultados históricos de los últimos dos siglos, se propone una relectura de aquellos ideales.

Históricamente, la libertad y la igualdad configuraron los dos grandes bloques políticos y económicos del siglo XX: la libertad individualista al capitalismo; y la igualdad como superficial igualitarismo, al socialismo. ¿Y qué hay de la fraternidad?

El bien de la mujer –y con ella toda la sociedad– pide la realización de la fraternidad. Pero la fraternidad exige un cambio de paradigmas: que la libertad se entienda como capacidad de compromiso y no solo como desvinculación; y que a la igualdad se sume el reconocimiento de la diferencia y, por tanto, se abra a la complementariedad. La libertad para el compromiso y la complementariedad entre iguales abren paso a la fraternidad como ayuda mutua.

**Palabras clave:** Revolución Francesa, feminismo, fraternidad

**Abstract:** Women’s day, commemorative of a socialist convention (March 8, 1910), brings back the memory of the feminist ideal revolutionary root. This work examines the three ideals characteristic of the French Revolution: freedom, equality and fraternity, and proposes a re-reading of such ideals under the light of the historical results thereof during the last two centuries.

Historically, freedom and equality shaped the two main politic and economic blocks of the 20th Century: individualistic freedom and Capitalism, and equality as a superficial egalitarianism towards Socialism. ¿So, what happened to fraternity?

The good of women –and of society as a whole- needs the accomplishment of fraternity. But fraternity demands a change of paradigm: that freedom may be understood as commitment capability, and not just as decoupling; and that equality be added to the recognition of differences and, therefore, it may be open to complementarity. Freedom to commitment and complementarity between equals open the way for fraternity as mutual help.

**Keywords:** French revolution, feminism, fraternity

---

\* [tenriquez@up.edu.mx](mailto:tenriquez@up.edu.mx)

Universidad Panamericana. México.

En 1910 se proclamó el 8 de marzo como “Día Internacional de la Mujer Trabajadora” (por cierto, ¿acaso no todas las mujeres son trabajadoras? ¡el hogar es intenso trabajo!). Estaban reunidas en Copenhage 100 mujeres de 17 países en la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. Pero no era la primera vez que las mujeres exigían equidad jurídica.

La idea de “derechos humanos” surgió en su germen en la Escuela de Salamanca del siglo XVI, pero así expresada fue la bandera de combate de la Revolución Francesa. Poco antes de empezar el siglo XIX, en 1791, se proclamó el primer documento explícitamente feminista: la “Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana”. Se trataba de exigir para las mujeres lo que la “Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano” demandó un par de años atrás. El feminismo es un movimiento típicamente contemporáneo.

La celebración del día de la mujer tiene raíz revolucionaria y un contexto ideológico socialista. Los ideales ilustrados fueron bien compendiados por el genio simbólico francés en el famoso lema “libertad, igualdad y fraternidad”. Ahora, a más de dos siglos de distancia, nos podemos preguntar: ¿qué hemos conseguido de esos tres grandes ideales? Pienso que cada uno ha sufrido cierta degeneración. Pero también la decepcionante experiencia de tal idealismo puede resultarnos, ahora, muy instructiva. El futuro siempre nos ofrece oportunidad de mejorar.

## **LIBERTAD**

¿Somos ahora más libres que los antiguos y los medievales?

El desarrollo tecnológico nos ha hecho experimentar mayor libertad. El poder nos hace sentir libres. Pero el poder tecnológico no ha sido producto de la lucha revolucionaria, ni de la lucha feminista. La tecnología procede del trabajo. Y, por cierto, trabajo arduo. Además, ¿habría tecnología en el mundo sin el genio creativo del ser humano? ¿y cómo “se producen” seres humanos creativos? Solo recuérdese la historia de Steve Jobs: él mismo declaró que gracias al matrimonio que lo adoptó, “se salvó de ser abortado”.

La ideología de la Revolución Francesa ha entendido la “libertad” como ruptura de vínculos. ¿Por qué sujetarse a una autoridad?, interrogarán los socialistas. ¿Por qué el mercado ha de someterse a la regulación estatal? se defenderán los capitalistas. En fin, ¿por qué “amarrarse” a un compromiso matrimonial? El matrimonio ha comenzado a ser visto como verdugo de la libertad.

En todo caso, la libertad moderna se percibe como disolución de vínculos. Con la ilusión de liberarse de toda “forma de esclavitud”, se combatió la autoridad legítimamente constituida; se desató al mercado de toda responsabilidad social; y, finalmente, entre las parejas, la sociedad arremetió contra los compromisos de por vida. El divorcio se piensa como liberación.

¿Liberación? Es cierto: liberar es despojar de ataduras. Pero no todas las ataduras son opresoras. Liberar no es, desde luego, despojar del compromiso a toda costa y de cualquier manera. En concreto: la evasión –o disminución al máximo– del compromiso matrimonial, ¿ha amplificado nuestra libertad?

Hemos visto los resultados: la liberación, al cabo de dos siglos, se ha tornado en individualismo. Autonomía solipsista. La liberación como desvinculación ha degenerado en versiones de una vida solitaria, egoísta... y estéril.

¿Y si la mujer estableciera vínculos por amor?, ¿si, en correspondencia con ella, los estableciera también el varón? Si, por “azares del destino”, existiera un hombre y una mujer que unieran definitivamente sus vidas y dedicaran todos sus esfuerzos al progreso de sus hijos en un ejercicio constante y creciente de generosidad, ¿serían a pesar de todo libres?

Afortunadamente existe todavía un gran porcentaje de la humanidad que se ata libremente a un compromiso matrimonial. En México, los últimos treinta años ha aumentado el divorcio más de cuatro veces, y aun así, las parejas divorciadas son solamente el 17% de las que se mantienen casadas. Aumenta el número de divorcios, es cierto. Pero el número de matrimonios crece cinco veces más. Tal parece que la esperanza es una terquedad ínsita en el corazón humano.

¿Por qué la gente sigue casándose? ¿No será que el compromiso da sentido a la libertad? Comprometerse requiere libertad. Quizá habría que precisar el ideal francés heredado por el movimiento feminista: libertad con compromiso, o mejor: libertad para el compromiso.

## **IGUALDAD**

El segundo gran ideal revolucionario: la igualdad. Luchar por la igualdad es un modo de gestionar la diferencia. Pero si esa gestión consiste simplemente en no hacer caso de ella, en actuar como si las desigualdades no existieran... entonces el resultado es la injusticia.

El igualitarismo es tremendamente injusto. Lo justo es tratar igual a los iguales y desigual a los desiguales. Reconocer las diferencias es el primer paso para tratar con equidad. Equidad, no igualitarismo. La equidad implica atender a la diferencia.

Varones, mujeres: ¿iguales? ¡sí! ¿Diferentes? ¡también! La diferencia entre el varón y la mujer no es, por decirlo así, accidental, es constitutiva: está en cada célula del cuerpo, en cada proceso psicológico. Varón y mujer: unidad dual. Única especie humana en una doble versión.

En los últimos dos siglos hemos avanzado en dejar de clasificar los trabajos como si fueran unos aptos para varones y otros para mujeres. Hemos ido comprendiendo que la diferencia entre ellos y ellas no debería situarse en el objeto laboral sino en el modo de trabajar. Mujeres policías. Varones cocineros. Va bien.

La raíz de la diferencia entre los sexos, pensando en el reino animal, la señaló un antiguo filósofo. Macho y hembra son iguales, pero diferentes. Ambos engendran, pero cada uno a su modo: la hembra engendra dentro de sí, el macho engendra fuera de sí. No es ofensivo señalar esta diferencia también en las parejas humanas, al fin y al cabo somos mamíferos superiores. La diferencia más notable entre la mujer y el varón es, quizá, la capacidad para la maternidad o para la paternidad. Los estudios sobre el funcionamiento del cerebro de la mujer y el del varón son iluminadores al respecto.

Ser mujer implica una morfología biológica, unas características psicológicas, y ciertas habilidades para las relaciones sociales. Unidad bio-psico-social. Y todo marcado por la capacidad de engendrar dentro de sí. Albergar una nueva vida, alimentarla, empatizar con ella, intuir sus necesidades particulares, requiere un femenino diseño corporal y psicológico. Una inteligencia femenina es más capaz de percibir los detalles, lo cual confiere mayor complejidad a su capacidad afectiva.

No es raro, por tanto, que la mujer haya brillado históricamente por su atención a los hijos y por su exquisito cuidado de la casa. La posibilidad de la maternidad le confiere habilidades para ello. Y que no se olvide la proyección social y económica del trabajo del hogar. El ser humano, al decir de Julian Simon (economista norteamericano 1932-1998), es “el último recurso”. Sin el ser humano, libre, creativo y emprendedor, no se aprovecharía la utilidad del fuego, del carbón, del petróleo, de la energía eólica o solar... Dedicarse a la familia es dedicarse al origen de los recursos económicos: al ser humano. Son significativas las palabras de gratitud hacia sus madres, pronunciadas de los cineastas ganadores de los óscaros.

El varón tiene lo suyo. Engendrar fuera de sí le confiere otras capacidades: mayor separación entre la esfera intelectual y la afectiva. De ahí su razonamiento más frío y, por menos empático, con mayor posibilidad de exigencia objetiva.

Las cualidades masculinas son también esenciales para familia. ¡Vaya que si hacen falta! A cada madre soltera corresponde un padre ausente. No olvidaré nunca la respuesta de Audrey Frank, sobreviviente del aborto que se practicó (lamentablemente “con éxito”) a su hermano gemelo. Ella tenía 8 años cuando su padre le susurró: “Tú sabes, yo no lo hice”. La respuesta de la hija fue: “Se supone que tú tendrías que haberla amado lo suficiente para que se sintiera segura de tenerme”.

Se ha luchado mucho por la salida de la mujer de la casa, pero ¿qué hay de la entrada del varón en ella? En la medida en que el compromiso matrimonial sea una vinculación libre y sostenida, la atención al hogar no es un desperdicio de tiempo. Cuando ellos y ellas libremente

forman una familia, ésta no se ve como amenaza al proyecto profesional sino como el sentido de los esfuerzos laborales. ¿Un ejemplo vivo de esto? Las cartas de Luis Pasteur a su amada.

El mundo del trabajo, por su parte, ¿recibe equitativamente la aportación femenina y la masculina? Las desigualdades en el salario han sido denunciadas repetidamente. ¡Igualdad salarial de una vez por todas! Atención: la complejidad de las relaciones laborales y familiares exigen algo más que la mera recepción de cantidades numéricamente iguales.

Hagamos un balance. En los últimos doscientos años, el ideal de igualdad, ¿ha procurado la complementariedad? No parece. Si las diferencias se perciben como amenazas se pierde de vista su riqueza. En cambio, cuando en las diferencias se captan las oportunidades para colaborar unos con otros, la desigualdad se vuelve deseable. Por eso, al ideal de igualdad habría que sumar el ideal de la equidad (tratar desigual a los desiguales), y más todavía: el ideal de la complementariedad.

## FRATERNIDAD

¿Alguien recuerda todavía este tercer ideal? Libertad e igualdad engendraron los dos grandes bloques políticos y económicos del pasado siglo. El socialismo optó por la igualdad; el capitalismo por la libertad.

¿Bajo qué bandera se ha promovido la fraternidad? Los revolucionarios confiaron que vendría como consecuencia de la igualdad y la libertad. Nada más errado. Se habla y se escribe mucho sobre libertad. Menos sobre igualdad. Pero nada sobre fraternidad.

¿La libertad engendra fraternidad? Cuando la libertad consiste en ocuparse exclusivamente de sí mismo, a toda costa y a expensas de los demás, ¿alguien se ocupará de ser fraternal? Basta pensar, por ejemplo, en los efectos del divorcio en los hijos. La libertad individualista disuelve de inmediato la fraternidad.

Y acaso, ¿se encontrará la fraternidad por el lado de la igualdad? Si las diferencias no se entienden como oportunidad de ayuda mutua, y más bien se intentan olvidar, ¿qué razón hay para sentirse obligado a compartir los bienes con los que uno puede remediar las carencias ajenas?

Habría que inventar otro escenario. Si en lugar de comenzar con la igualdad, se reconociera la diferencia, nos veríamos obligados a poner al servicio de los demás aquello que nos distingue: aquello que nosotros sí poseemos y los demás no. Reconocer las diferencias nos hace responsables: el amor paterno tiende a la exigencia y el materno a ser incondicional. Si el poder se entiende como servicio podría realizarse la fraternidad: mientras que el varón extiende el brazo, la mujer acoge en su regazo. En cambio, un poder considerado pura superioridad, es opresor. El poder sin servicio ya ha exhibido sus versiones: machismo tiránico y feminismo revanchista.

En suma, ni la libertad ni la igualdad crean automáticamente la fraternidad. Menos aún, la liberación individualista o el igualitarismo superficial son terreno apto para que crezca la ayuda fraterna. No es raro que nuestra sociedad contemporánea, enraizada en el polo socialista de la igualdad o en el polo capitalista de la libertad, carezca notablemente de alguna versión de solidaridad. Ni siquiera la lucha por la igualdad lo logra, porque esta lucha es la de los más débiles que intentan desplazar a los fuertes. Así, al fin y al cabo, es solo una lucha de poder, no de servicio.

La fraternidad es un gran ideal, pero la experiencia nos puede hacer comprender que comenzará a florecer cuando se mejore la comprensión de los primeros dos ideales: libertad como compromiso, y diferencia como complementariedad. ¿No sería esto mejor para todos, especialmente para las mujeres?